CAPÍTULO III

De la corrección fraterna. — Es prueba de amor. — Bienes que trae consigo. — Por qué no se recibe como es conveniente. — Cómo la debemos recibir. — Ejemplos. — Avisos.

§ I

Yo reprendo y castigo á los que amo, — dijo el Señor en el *Apocalipsis*. Y San Pablo dijo además « que á cualquiera que el Señor recibe por hijo, lo azota y prueba con adversidades... Porque, ¿cuál es el hijo á quien su padre no corrige [1]? » Conocemos por estas palabras que la corrección de que ahora tratamos es una prueba de amor, y como tal debemos apreciarla en gran manera; mas si, al contrario, se nos deja seguir el camino que nos agrade, tendremos que llorar nuestro abandono y la triste indiferencia con que se ve nuestra suerte, y ambas cosas son un terrible y funesto castigo; y así, cuando Dios quería manifestar su indignación contra el pueblo de Israel, se expresaba en estos términos: « Cesará mi indignación contra ti, y se acabarán los celos que me causaste, y descansaré, y no me irritaré

1 *Apoc.*, III, 19. — Heb., XIV, 6-7.

más [1]. » « Y si el celo nos ha abandonado, nos ha abandonado también el amor, » — nos dijo San Bernardo. Esto mismo pasa en nuestros padres y en los demás superiores con respecto á sus súbditos; ellos nos muestran el gran amor que nos tienen, al corregir nuestras faltas, y su indignación la descubre el abandono en que nos dejan cuando no nos corrigen.

2. Manifiesta también la corrección que nuestro padre ó el superior que tenemos está satisfecho de nosotros, que cree que lo amamos y que conocemos su amor: él nos tiene, además, por capaces de recibir sus avisos provechosamente. Mas sucede todo lo contrario si la corrección se ausenta de nosotros.

3. Muchos son los bienes que consigo trae la corrección fraternal; he aquí algunos de ellos: nos da á conocer nuestras faltas. El amor que nos tenemos impídenos con mucha frecuencia ver nuestros defectos, y si acaso los vemos, no es, por cierto, en todo su grandor; pero aquel que nos corrige los ha visto como son en sí, juzga sin pasión, es independiente, y sólo le mueve á corregirnos el amor que nos tiene.

4. Otro bien que trae la corrección, es animarnos á enmendar nuestras faltas, ya porque vemos que los otros las han conocido, y nadie

1 Ezech., XII, 42.

quiere que se noten sus defectos, y ya también por los consejos que suelen acompañar á la misma corrección. El que nos corrige nos muestra el buen camino abandonado, nos ruega que volvamos á tomarlo, y para esto nos facilita los medios más oportunos. Por el contrario, si no hay quien nos corrija careceremos de estos bienes; y ¿cuánto será el tiempo en que acaso duremos con nuestros defectos? No lo sabemos.

5. Recibamos, pues, con agrado cualquiera corrección que se nos haga, ya que trae consigo tantos bienes; y como por otra parte es molesto, y muchas veces costoso, el corregir, para que haya quien se anime á hacerlo no nos excusemos aunque ciertamente no tengamos la falta que se nos reprende, sino, al contrario, demos las más sinceras gracias por aquel aviso, pues de otra suerte no habrá en adelante quien quiera corregirnos. Es necesario hacer esto mismo aunque se exageren nuestras faltas ó se nos reprenda de una manera inconveniente. Recibámoslo todo con agrado y humildad, bendiciendo al Señor que así nos brinda con tan bellas ocasiones de adelantar en la virtud.

6. Si no hay quien nos corrija, envejeceremos acaso con nuestros defectos; y si alguno llega á advertirnos y recibimos mal la corrección, mucho nos podrá dañar en vez de aprovecharnos: creeremos que nos han ofendido, y mostraremos la amargura y el resentimiento en

que abundamos en nuestras palabras y conversaciones. Por esto nos dice el Espíritu Santo: « Quien aborrece la corrección, perecerá. Quien la recibe, va por el camino de la vida. Quien no hace caso de ella, anda descarriado. Quien la aborrece, es un insensato [1]. »

7. Si no la recibimos bien, seremos semejantes á los enfermos que están frenéticos y no quieren ver al médico y resisten las medicinas que se les aplican, quedando de esta suerte sin remedio. Mas ¿cuál es la causa porque tan mal nos parece y tomamos con tan poca voluntad la corrección? « Es nuestra soberbia, — dice San Gregorio; — pues parécenos que al ser corregidos quedamos deshonrados y perdemos la estimación de los demás. » La corrección nos toca en lo más vivo, y por eso no la podemos sufrir. Sucede también muchas veces que nosotros de buena voluntad confesamos nuestras propias faltas, mas no nos agrada que nos reprendan los otros, sino que luego nos defendemos y excusamos, mostrando en esto nuestra falta de humildad; porque si realmente fuéramos humildes, no sentiríamos tanto que nos reprendieran; pues la verdadera humildad, no sólo consiste en conocernos y tenernos en poco, sino en desear que los otros conozcan nuestras faltas y nos desprecien como merecemos.

---

1 *Prov.*, XV, 10; X, 17; XII, 1.

8. Consultando, pues, á nuestro verdadero bien, recibamos la corrección, no sólo con mansedumbre y humildad, y mostrando el agrado que en esto sentimos, sino también procurando desearla con sinceridad. No olvidemos que el sol ablanda y derrite la cera, pero seca y endurece el barro; y á las plantas que están arraigadas en la tierra, el agua, el aire y el sol les ayudan á crecer; pero si no lo están, estos mismos agentes las secan y pudren más pronto. Así al humilde, arraigado en su propio conocimiento, la corrección lo ablanda, lo enternece y aun aumenta su virtud; mientras que el soberbio, cuando es corregido, se endurece como el barro, y se pudre y corrompe como planta que no ha enraizado. Y en cuanto á los deseos de ser corregidos, para más avivarlos reflexionemos que si el hombre que ha perdido la salud del cuerpo desea con ansia recobrarla y toma gustoso las medicinas por más amargas que sean, nosotros también debemos tener ansias más vivas y más ardientes deseos de ser corregidos para obtener asimismo la salud de nuestras almas.

§ II

9. He aquí ahora algunos ejemplos que nos enseñan cómo debemos recibir la corrección. Jetró, observando que Moisés acudía por sí mismo á todos los negocios del pueblo judío, le dijo: « No haces bien en eso. Con trabajo tan ímprobo te consumes, no solamente tú, sino también este pueblo que te rodea... escoge sujetos de firmeza y temerosos de Dios... para que sean jueces del pueblo continuamente. » Habiendo oído esto, hizo Moisés todo lo que Jetró le había aconsejado [1]. Y Moisés era el caudillo de su pueblo, puesto por el mismo Dios para gobernar á los israelitas, muy superior á Jetró, y con todo eso siguió con humildad sus consejos. Así también San Pedro, apóstol, el jefe de la Iglesia, una vez advertido por San Pablo con la libertad de la caridad, escuchó sus palabras con benigna y amorosa mansedumbre, dando admirable ejemplo á los mismos superiores de aceptar humildemente la corrección que se les diere [2].

10. El emperador Teodosio fué corregido por San Ambrosio, y recibió con humildad la corrección del santo Obispo. El mismo San Ambrosio, cuando le advertían algún defecto, daba gracias por ello y tenía tal advertencia por singular beneficio. Cierto religioso, siempre que era corregido rogaba á Dios por la persona que le corregía, rezando por ella á lo menos un Padrenuestro; y esto se estableció después como

---

1 *Exod.*, XVIII.
2 Galat. II, 11. — August., epíst. 29 *ad Hieron.*

ley inviolable en el monasterio de Claraval, de donde era aquel religioso.

11. Para concluir el presente capítulo daremos los siguientes avisos, de los cuales unos se refieren al que corrige, y otros al que es corregido. Gran falta sería en nosotros llevar á mal la corrección fraterna, ó procurar excusarnos de la culpa que nos reprenden, pues á veces más faltamos en esto que con la falta cometida, pues así mostramos una gran imperfección, mucha soberbia, y damos lugar para que se piense que no tratamos de enmendarnos, sino solamente de ser estimados y honrados. Del que quiere ocultar sus faltas, y algunas veces aun con mentira, dice San Bernardo: « ¿Cómo podrá creerse que manifieste las culpas ocultas, que sólo conoce su conciencia, el que excusa las que todos conocen? De nada se espanta el humilde, porque se conoce á sí mismo y se tiene en lo que es; ni se admira, ni le coge de nuevo lo que de él se dijere, pues descubre en sí mayores faltas, y nada le parece lo que hablan en su contra comparado con aquello que, según él mismo, podría decirse.

12. A quien desea de veras enmendarse, le es muy grato que haya muchos que observen su conducta. « ¡Quién me diera, — dice el mismo San Bernardo, — que anduviesen cien pastores velando sobre mí! Cuantos más fueren los que cuidaren de mí, con tanta mayor

seguridad caminaré. Mas ¡oh locura digna de espanto! nos atrevemos á cargar con el cuidado de innumerables almas de los prójimos, y no podemos sufrir que un solo pastor cuide de la nuestra. Más temo los dientes del lobo que el cayado del pastor, cuyo amoroso y blando silbo nos vuelve al buen camino. »

13. Al corregir á nuestros prójimos debemos revestirnos de entrañas de misericordia y mansedumbre, manifestando la caridad que nos anima, usando de expresiones llenas de suavidad y de dulzura, sin que nos mueva ninguna indigna pasión ni nos precipite un celo indiscreto, sin exagerar las faltas que corregimos; y cuando así lo hiciéremos, recordemos para animarnos á la corrección estas palabras de los *Proverbios*: « Quien corrige á una persona, será al fin más grato á ella que otra que la engaña con palabras lisonjeras [1]. » Y estas otras de San Pablo: « ¿Quién es el que me ha de alegrar, sino el que es contristado por mí [2]? Pues la pena y tristeza que causa la corrección es para bien de las personas corregidas. Y si no, ved lo que ha producido en vosotros, — añadía el Apóstol, — esa tristeza según Dios que habéis sentido: ¡cuánta solicitud, qué cuidado en justificaros, qué indignación contra

1 Psalm. XXVIII, 23.
2 I Cor., II, 2.

el incestuoso, qué temor, qué deseo de remediar el mal, qué celo, qué ardor para castigar el delito [1]!»

14. Mas este buen resultado no se obtendrá fácilmente si al corregir al prójimo llegamos á olvidar el espíritu de caridad y mansedumbre de que hablamos; á fin de poder conservarlo pensemos en el cuidado con que una madre limpia las llagas de su hijo, con qué tiento y suavidad, con cuánta delicadeza y atención; que al fin siente el dolor de aquel hijo como si fuera propio. Corrigiendo al prójimo de esta manera, la corrección le será muy provechosa; y si por ventura no lo fuere, no por esto dejemos de corregir cuando sea necesario; pues «no se deja la medicina, — dice San Agustín, — ni dejamos de curar los enfermos porque algunos no sanen.» Probemos, pues, también nosotros los últimos medios, porque se trata de la gloria del Señor y del bien de las almas.

1 I Cor., VII, 11.

TRATADO IV

DE LA ORACIÓN MENTAL

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia y necesidad de la oración, y modo de hacerla. — De la meditación. — De los afectos de la voluntad.

§ I

CONSISTE la oración en levantar á Dios el alma y pedirle mercedes. Por medio de ella tratamos con Dios nuestro Señor, y esto sólo basta para descubrirnos su excelencia y dignidad; «por lo cual, — dice el Crisóstomo, — no hay lengua humana que pueda declarar cuánta sea la elevación que trae consigo el hablar con Dios, y la utilidad y provecho que de esto nos resulta; porque si aun acá en el mundo tanto adelantamos en la ciencia y la virtud tratando con hombres sabios y virtuosos, ¿cuánto no será nuestro provecho si tratamos con Dios?»

2. El hombre siempre está lleno de necesidades y miserias, expuesto á innumerables caídas y rodeado de terribles enemigos, que sin